

## D. H. Lawrence y la elevada tentación de la mente

Charles Olson

Traducción: Tedi López Mills

Cuando hablo de la elevada tentación, pienso en Platón, Schopenhauer, digamos, y entre nuestros contemporáneos, Ortega. Al mismo tiempo pienso en Homero, Eurípides y D.H. Lawrence. Y pienso en Cristo.

Podemos empezar con Cristo. Si Satanás hubiera querido tentar definitivamente a Cristo, ¿no le habría ofrecido una cuarta prueba, no le habría ofrecido todo el entendimiento del que es capaz la mente? Pues el despojamiento de este manto es el desafío que la vida impone a sus mejores creaturas. Y son muy pocos los que pueden despojarse de él.

Lawrence sí pudo. Definir la resistencia que se le otorgó para permitirle hacerlo no tiene tanta importancia como el hecho de que lo hizo. De algún modo, Lawrence eligió las ventajas de las percepciones morales frente a las del intelecto.

Pues son estas dos vías las que, en cierto punto, divergen y si una persona, en ese punto, no elige como Lawrence parece haber elegido (Huxley, en su introducción a las "Cartas," abunda mucho en este abandono de las habilidades intelectuales por parte de Lawrence) se encaminará, como lo hizo Platón, como lo ha hecho Ortega (para escoger a uno de nuestros pensadores más destacados) hacia una forma de muerte.

Es, de manera peculiar, una elección de velocidades; o, más bien, de la velocidad más satisfactoria que puede conocer el hombre en contra de algo que está tan hundido en la raíz del tiempo que no se puede medir por medio del tiempo y, por consiguiente, no es para nada una velocidad. Pues la percepción moral, en contraste con la velocidad de la mente, es tan instantánea que es inmensurable en términos de tiempo.

Tengo la impresión (y Ortega me conduce a ella tanto como cualquier otro) que el uso del intelecto en su esfera más natural,

aquella que llamamos filosofía, satisface a tal grado la vanidad del hombre que éste no puede oponerle resistencia al menos que se sienta dispuesto a anular su vanidad.

Bien puede ser que esa resistencia de la que hablo que estaba tan implantada en Lawrence sea meramente la aceptación de que a la tortuga del sentimiento se le tiene que dejar lanzarse en su carrera, que un hombre no puede permanecer vivo al menos que la tortuga y la liebre que lleva adentro recorran ambas su trayecto. Y que la divergencia de la ruta de la mente es sólo (para emplear una imagen que emplea Lawrence en referencia a la crisis de nuestra cultura) un acto de desviación, mediante el cual el hombre retoma esa cosa más lenta que no puede dejar atrás sin ponerse en peligro, independientemente de qué tan rápido sea como liebre.

La proposición, entonces, es ésta: que el acto, el acto lawrenceano, es la respuesta a la metafísica y a su elevada tentación. El resultado, la ventaja moral, es algo que va más rápido que la liebre y más lento que la tortuga, una combinación tanto arcaica como prospectiva que le da al hombre, en su preocupación con la vida, instrumentos para su comprensión y su uso.

Debo, finalmente, ofrecer un vínculo de la elevada tentación que es difícil de expresar (sobre todo en estas épocas), pero que es esencial. Es la prueba del vínculo entre el sexo y la estructura de la mente. Cuando Lawrence, en uno de sus poemas, define la búsqueda de la verdad como "la más profunda de todas las sensualidades" (define la búsqueda de la justicia como "la siguiente experiencia sensual más profunda"), está admitiendo el vínculo al que me refiero. Lo admirable de su afirmación es, claro, que está hablando de la satisfacción que viene *después* de que se ha resistido la tentación. Pero lo que me interesa aquí son los efectos de la sensualidad (dado que es a la sensualidad a la que está directamente atado el pensamiento) si la tentación *no* se resiste.

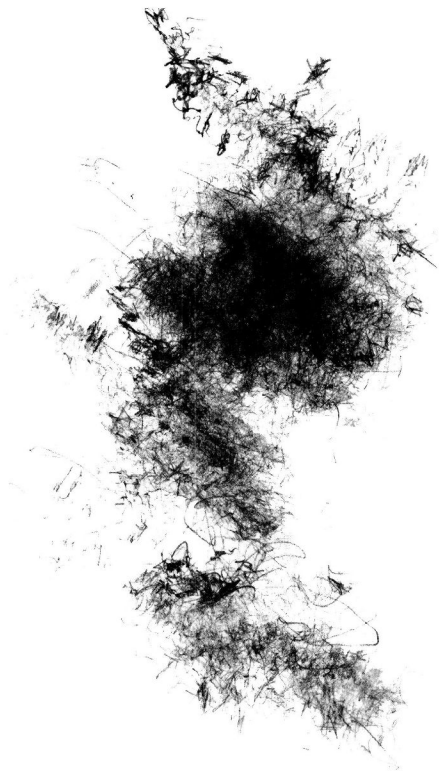
Estoy consciente de que determinar cuál es la causa y cuál el efecto tiene importancia, y que esa resistencia que les permite a algunos hombres apartarse del pensamiento en su vertiente metafísica es precisamente la fuerza de lo sensual que tienen dentro de ellos. Así lo veo yo. Considero, por ejemplo, que la descripción que hace Platón del segundo de los dos caballos en la parábola del *Fedro*, el caballo del mal, es una medida del temor de Platón

ante la indocilidad de lo sensual, no tanto como un universal, sino como algo que él debe refrenar en sí mismo. (La ferocidad con la que se controla al caballo, las imágenes de castigo, frente al manejo suave, casi sentimental del caballo del bien, se prestan al análisis.)

Hay temor ante lo sensual, una supresión aquí y en otras partes en Platón (y puede examinarse más abiertamente en Schopenhauer) que van más allá de la negación del apetito y están directamente relacionados con otro temor que manifiestan tantos metafísicos (Ortega lo revela, en su brillante ensayo sobre Goethe, cuando caracteriza el arte, aunque argumente que Goethe estaba destinado a ser poeta, como superficial y frívolo si “se le compara a la terrible seriedad de la vida”). El problema puede plantearse así: a un Lawrence nunca le habría parecido necesario, como lo fue para Platón, excluir a Homero por considerarlo un peligro para el Estado, pintar a Hesiodo y a Homero, como lo hizo Polignoto, en el infierno sometidos a tormentos similares a los de Sísifo y Tántalo. Pues Lawrence conocía, lo cual no es el caso de ningún metafísico, la disciplina y la salud de la forma, la forma orgánica a diferencia de esa forma falsa que, con su falsa velocidad, ofrecen las disposiciones del intelecto.

Es la validez de la forma, y sus iluminaciones, las que exigen ahora que se lleve a cabo esta crítica del pensamiento elevado. Durante demasiado tiempo los filósofos han colocado al arte, con respecto al intelecto, en un lugar de poder secundario. La aridez de la mente ha embaucado a la gente durante demasiado tiempo. La liebre se ha arrogado gran parte del liderazgo en la carrera. Ya es hora de que pongamos a prueba a los filósofos con la misma prueba que ellos tan hábilmente hacen a un lado, esa con la que tan rápidamente, porque son rápidos, desarman a sus críticos. Lawrence no estaba desarmado, se mostró temerario, porque se había ganado el derecho, había pagado el precio, para ponerlos a prueba como puso a prueba a Cristo. (En *The Man Who Died* le hizo la prueba a Cristo—y hasta donde sé, es el único hombre que lo ha hecho.) Es la misma prueba con la que debemos medir a Platón o a Ortega, o a cualquiera de su estirpe. La prueba de la tentación es sus propias vidas.

(1950)



*Live Transmission*: movimiento de las manos  
de Anthony Braxton al tocar instrumentos de lengüeta.  
The Knitting Factory, Nueva York, 9 de enero de 1997 (detalle).